

A close-up photograph of a woman with long, wavy brown hair playing an acoustic guitar. She is wearing a light-colored, lace-trimmed top. The image is overlaid with numerous small, glowing white sparkles and several golden musical notes (treble clefs, eighth notes, and a sixteenth note) scattered across the scene. The text is centered in the lower half of the image.

**No es amor,
es diciembre**

Susanna Herrero

© Susanna Herrero

1ª edición, noviembre de 2018

Imágenes de portada: Fotolia y Pexels.

Diseño de cubierta: Adyma Desing

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para todos aquellos que me habéis pedido
esta historia.*

*Para todos aquellos que habéis sido el empu-
je que necesitaba para ponerme a escribirla.*

Índice

Sinopsis

Prólogo

Mama, just killed a man
Put a gun against his head. Pulled my trigger, now he's dead
Mama, life had just begun
But now I've gone and thrown it all away.
Mama, ooh. Didn't mean to make you cry.
If I'm not back again this time tomorrow
Carry on, carry on, as if nothing really matters
Too late, my time has come
Sends shivers down my spine. Body's aching all the time
Goodbye everybody. I've got to go. Gotta leave you all behind and face the truth
Mama, ooh (anyway the wind blows). I don't want to die. Sometimes...
I sometimes wish I'd never been born at all.
I see a little silhouetto of a man
Scaramouch, scaramouch will you do the fandango
Thunderbolt and lightning very very frightening me
Gallileo, Gallileo, Gallileo, Gallileo Figaro. Magnifico
But I'm just a poor boy and nobody loves me
He's just a poor boy from a poor family.
Spare him his life from this monstrosity.
Easy come, easy go, will you let me go
Bismillah! No, we will not let you go. Let him go. Bismillah! We will not
let you go. Let him go. Bismillah! We will not let you go. Let me go
Will not let you go, let me go (never)
Never let you go, let me go. Never let me go, ooh. No, no, no, no, no,
no, no
Oh mama mia, mama mia, mama mia let me go
Beelzebub has a devil put aside for me
For me. For me
So, you think you can stone me and spit in my eye
So, you think you can love me and leave me to die
Oh, baby, can't do this to me baby.
Just gotta get out, just gotta get right outta here
Ooh, yeah. Ooh, yeah
Nothing really matters. Anyone can see. Nothing really matters, nothing
really matters to me. (Anyway, the wind blows)

Agradecimientos

Susanna Herrero

Sinopsis

Adam Wallace es abogado. No le gustan los químicos.
Ariadna Cabana es química. No le gustan los abogados.

Ella tiene cuatro hermanos y unos padres con los que mantiene una gran relación.
Él... sobrevive, pero arrastra los fantasmas de aquello que sucedió tantos años atrás.

Adam y Ariadna se encuentran.
Ella no ve que él tiene el pelo ondulado y alborotado, unos ojos marrones muy expresivos y una bonita sonrisa; solo ve una diana para su desahogo.
Él no entiende una palabra de lo que ella dice; solo ve a una española rubia con demasiado carácter.

Él ama la música sobre casi todas las cosas.
Ella considera que la música no es más que ruido.

¿Solución?
Cinco citas con un único posible desenlace: que ella aprenda a amar la música y acostarse juntos una única vez.

¿Qué puede salir mal?
Todo.

Prólogo

por Alejandra Beneyto

No soy objetiva. Ni con Susanna, ni con el mundo de Sara Summers, ni con Adam. Ni tampoco con Ariadna.

Hace justo un año que los chicos del *Crowden* se cruzaron en mi camino, y con ellos su creadora, que ahora es una constante en mi vida, aunque esa es otra historia. Vi a esos personajes crecer, como todo aquel que haya vivido la experiencia que es leer la tetralogía de Los Saltos de Sara. Ahí conocí a Adam Wallace. Ahí lo vi perder, deshacerse y resurgir. Ahí entendí que era especial, diferente, y que teniendo a Sara y Oliver no necesitaría más en su vida.

No os voy a engañar: no lo vi apostando por el romance, no lo vi tejiendo otros lazos más allá de los que ya se permitía. Quizá porque jamás creí que en algún lugar existiera alguien a su altura, alguien que le plantara cara, alguien que rompiera sus esquemas y que al mismo tiempo lo ayudara a reconstruirlos.

Y entonces llegó Ariadna Cabana.

Y el mundo de Adam se redimensionó.

Os lo he dicho: no soy objetiva. Sin embargo, creo que habrá pocas personas que no cierren este libro con una de esas sonrisas que solo dejan las historias que de verdad llegan.

No es amor, es diciembre son páginas de emociones traducidas en palabras que te harán entender las decisiones y conflictos que atraviesan los protagonistas. Hay dolor, porque no negaré que el estómago se me ha encogido en alguna escena o diálogo, pero también hay risas. Hay retos y ganas de conocerse. Hay provocación y batallas. Hay amistad. Sexo. Discusiones. Reconciliaciones y ganas.

Creo que a muchos os pasará, viviréis esta historia como un viaje en el que acompañáis a vuestro mejor amigo mien-

tras sus barreras caen para dejar entrar a esa única persona que conseguirá completar su camino.

Yo solo puedo deciros que os dejéis llevar. Que viváis la melodía de *Bohemian Rhapsody* vibrando en vuestros tímpanos. Que notéis en vuestra piel la lluvia que empapa las calles de Edimburgo hasta en pleno verano. Que experimentéis las reacciones químicas que hacen diferente esta novela. Que cantéis, bailéis, viajéis. Que lloréis, si tenéis que llorar. Que os riais a carcajadas.

Que sintáis.

Eso es solo el principio de lo que este libro despertó en mí.

Os deseo la misma suerte.

Alejandra Beneyto.

♪ Prólogo ♪ *Mama, just killed a man*

Adam

En cuanto entro en el coche y cierro la puerta, no sin algo de esfuerzo a causa del viento, y miro hacia el frente, al cristal, me doy cuenta de que no puedo conducir en este estado. Sería una auténtica locura.

La tormenta de nieve que azota a Edimburgo desde el día de ayer se ha intensificado mientras hemos estado ahí dentro, resolviendo asuntos pendientes, y ahora la visibilidad es casi nula.

—No puedes conducir así, Adam.

La voz de mi conciencia se materializa en la persona que tengo al lado, sentada en el asiento del copiloto.

—Joder, ya lo sé —le digo, frustrado—. ¿Y qué hacemos?

—Solo hay dos opciones. Podemos quedarnos en el coche o volver.

—¿Volver? ¿A dónde? —le pregunto, a pesar de que conozco la respuesta de sobra.

—Volver ahí dentro —me dice, señalando, a lo lejos, el lugar del que acabamos de salir.

Joder. Volver ahí dentro. La idea me produce tanto rechazo como ansiedad y emoción. Quiero volver, pero no quiero volver. Sí, lo sé, soy un puto pirado. Pero llevaba años sin venir a este lugar y en los últimos meses he pasado demasiado tiempo aquí... Joder, solo de pensarlo, me estremezco. No sé si para bien o para mal. No acabo de acostumbrarme, y sé que no lo haré en mi puta vida.

El viento y la nieve son demasiado intensos y entra un frío de la hostia en el coche, ya de por sí congelado. Tene-

mos que salir de aquí. Y no hay más opciones.

—Está bien —acepto, sin saber muy bien lo que hago—. Salimos a la de tres. Uno —comienzo a contar con los dedos—. Dos. Tres.

Abrimos las dos puertas del coche a la vez y cerramos con sendos portazos que apenas se escuchan entre el ruido de la ventisca. Corremos de nuevo hacia el lugar que acabamos de abandonar, protegiéndonos del ataque de la nieve con los gorros y las bufandas, hasta que por fin llegamos y podemos resguardarnos del todo del temporal.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —me pregunta mi acompañante después de cerrar la puerta del pequeño espacio de cuatro paredes. El sonido de su voz viene acompañado del eco que produce el lugar; me provoca un escalofrío que nada tiene que ver con el tiempo de fuera.

—Poco se puede hacer aquí —le digo, frotándome las manos para entrar en calor. Ninguna de las ocho capas que llevamos encima es capaz de hacerlo.

Lo otro, lo que no es frío, o hablando claro, el jodido mal cuerpo que tengo por estar donde estoy, no se quitaría ni aunque frotara durante horas.

—Podemos hablar —sugiere, acercándose a mí.

Le paso las manos por los hombros y le froto los brazos; se le nota el destemple a lo lejos.

—¿Entre tú y yo?

—Sí, es una opción. O también podemos hacerlo con ellos —me dice, señalándolos con la cabeza.

—No es buena idea.

La primera vez que hemos venido, hace más o menos una hora, no he sido capaz de decir nada. Ni una puta palabra. Y a mí no se me conoce por ser callado o introvertido. Es este lugar, que me supera como nada en la vida. Sé que, a partir de ahora, voy a venir más a menudo, pero ¿hablar en voz alta? No, no lo creo.

—¿Por qué no?

—Ya sabes por qué no.

—Pues tienes que hacerlo, Adam. Verás que todo es empezar. ¿Confías en mí?

—Ahora mismo no demasiado —le digo, entrecerrando los ojos.

—Pues deberías. Y ¿quieres saber una cosa? —No me da opción a responder—. Creo que voy a empezar a hablar yo. Antes no me has dejado decir nada.

—¿Y qué vas a decir?

—Todo. Voy a contárselo todo. ¿Lo haces conmigo?

Dudo durante unos segundos, o minutos. Me paso las manos por el pelo, como si eso fuera a darme la respuesta, y resoplo repetidas veces. Y, por acojonante que resulte, acabo claudicando.

—Joder, está bien. Pero empiezas tú.

—Bien. Allá voy.

—¿Sin filtros?

—Sin filtros.

—Joder.



Put a gun against his head. Pulled my trigger, now he's dead

Ariadna

La primera vez que vi a Adam Wallace me pareció un gilipollas. Lo siento, pero así fue.

Ni siquiera reparé en su aspecto. No me fijé en su pelo ondulado y alborotado, ni en sus ojos marrones tan expresivos, ni en esa sonrisa tan bonita que le llega hasta los ojos.

No, no me percaté de nada de eso. Adam Wallace fue solo la guinda de un pastel desastroso de un día bastante... complicado.

El *pseudonovio* / compañero de estudios de la universidad / *follamigo* (perdón por la expresión) / chófer de mi compañera de piso, June, la había dejado. Dio por finalizado su rollo de *pseudonovio*, compañero de estudios, *follamigo* y chófer —sí, todo a la vez, de golpe y porrazo—, por una tía que se le había cruzado en el trabajo y que lo había vuelto loco. Se había enamorado el chico, así, de la noche a la mañana, y, de la misma manera, cortó todo contacto con mi compañera.

Pero eso no fue lo peor del asunto. Lo peor del asunto fue que, al ser su chófer (y por chófer no me refiero a que el hombre fuera una persona que, por oficio, condujera un automóvil, sino a que se había creado una especie de rutina entre ellos por la cual él la pasaba a recoger en su coche a casa cada mañana), y que fuera todo tan... poco previsto, June había dejado su idolatrado (y ya extinto) CD de su grupo de música favorito de todos los tiempos, Coldplay, en el maldito coche.

CD que tenía allí desde hacía meses. CD que Sean, el susodicho *pseudonovio* / compañero de estudios de la universidad / *follamigo* (perdón, otra vez, ya no me disculpo más) / chófer, se negó a devolverle. Solo él conocía el motivo.

Y eso era inadmisibile. En un mundo en el que la existencia del CD es casi inexistente, valga el uso excesivo de la palabra, aquello «era una reliquia imposible de perder». Palabras de June, no mías, que, a mí, la música, plin; vamos, que no le daba importancia.

Pero como para ella sí era importante, «de vida o muerte», perfilamos un plan entre las tres para recuperarlo, June, April (nuestra otra compañera de piso) y yo. Un plan que, en apariencia, no requería de gran esfuerzo o habilidad, pero que se complicó hasta límites inesperados.

Lo reconozco, casi todo el guion fue cosa mía, y estaba bastante bien trazado; el hecho de que todo saliera al revés se debió a aspectos coyunturales, o a azares del destino, que queda más bonito. Yo lo tenía todo calculado al milímetro, pero no contaba con la espontaneidad del momento.

Y allí estábamos esa tarde-noche de comienzos del mes de junio, cuando poco quedaba de la luz del sol, enfrente del coche del *mamonazo mangante*, o Sean, un par de calles más allá de su casa. Y digo junio porque lo decía el calendario que, de lo contrario, yo no me lo creía, ¿cómo puede hacer tanto frío en un mes estival?

Lo primero a destacar de esa tarde-noche serían nuestros cabellos, el de mis compañeras y el mío. Esa era la primera parte de mi plan. June es rubia, como April, y yo tengo el pelo de color castaño. Pero, en aquella ocasión, June se volvió pelirroja; April, morena y yo, rubia de bote. Bueno, de bote, en realidad, no. Porque los tres tintes los había fabricado yo en el trabajo. Soy química y desarrollo mi ocupación en el departamento de fórmulas de una importante

empresa de bebidas refrescantes. Las mezclas son lo mío, y no es por presumir, pero los tintes me quedaron perfectos.

¿Que por qué no compramos el tinte de pelo en una tienda? Fácil. Porque hubiera dejado demasiadas pruebas. Estábamos a punto de realizar una gran fechoría, mi primera gran fechoría, y, como he dicho, todo estaba calculado al milímetro. No podía haber pruebas; si algo había aprendido de las películas y de los libros de detectives, es que nunca hay que dejar huellas, y comprar tintes en la calle sería dejar demasiadas: ir a la tienda, pagar con tarjeta (porque me conocía, y conocía ya demasiado bien a mis compañeras de piso, y estaba casi segura de que hubiéramos pagado con tarjeta de crédito, dejando una clara huella de nuestro crimen), que te den un ticket, usar los tintes en casa, tirarlos a la basura... Uf, uf, uf, si es que hasta me sofoco de recordarlo...; no era una opción.

Y por eso mi plan era perfecto: limpio y sin daños colaterales. Sería como si el CD hubiera desaparecido como por arte de magia. Y ni rastro de nosotras.

—Venga, Ari, date prisa, joder —me dijo April, un tanto alterada.

Llevábamos —o yo llevaba— más de veinte minutos intentando forzar la apertura de la puerta del copiloto, pero nada.

—Mierda, nos van a pillar —añadió June.

Menos mal que soy bastante buena en lo que a la gestión de la presión se refiere, porque con ese par...

—¡Exacto! —continuó la otra—. Lo que no sé es si va a ser porque algún policía nos vea manipulando un coche y se acerque a preguntar qué ocurre, o porque se piense que estás aquí haciendo la calle —le dijo a June.

—Pero ¿qué dices?

—¿Qué digo? ¿Qué dices tú? ¿Me puedes explicar por qué has venido a delinquir con tacones de aguja y la ropa interior casi al descubierto?

—Ari dijo que no me pusiera zapatos planos, que, como nunca los uso, podría levantar sospechas.

—Ya, joder, pero de ahí a salir armada con los trece centímetros y la ropa para matar hay un mundo.

No les veía las caras, estaba demasiado ocupada en mi labor, pero, aun así, me imaginaba a la perfección las expresiones de los rostros de mis compañeras. June, mirándose de arriba y abajo con el ceño fruncido; April, negando con la cabeza y suspirando por el cansancio psicológico que ambas le provocábamos.

—¡Silencio! —grité segundos más tarde, puesto que seguían discutiendo—. Me estáis desconcentrando.

—«Fixing up a car to drive in it again. Searching for the water, hoping for the rain. Up and up. Up and up». —June comenzó a cantar. Rodé los ojos y seguí con mi tarea.

—Pero ¿qué es lo que sucede? ¿Por qué aún no has abierto el coche? —me preguntó April—. ¿Seguro que lo estás haciendo bien?

Levanté la mirada de la cerradura, aún con la ganzúa en la mano, para aclararle que no era tan sencillo como parecía en un primer momento. Y encima tenía las rodillas destrozadas. La otra seguía cantando.

—«Down upon the canvas, working meal to meal. Waiting for a chance to pick your orange field. Up and up. Up and up».

—¿Puedes dejar de cantar Coldplay, por favor? —le dijo la morena a la cantante—. Me estás poniendo nerviosa.

—Lo siento, estoy canalizando mis propios nervios. O quizás es por la anticipación de recuperar mi CD.

—June, hace solo tres días que no lo ves.

—Setenta y dos horas pueden hacerse muy largas.

—¡Esto es imposible! —exploté yo—. ¡Estoy siguiendo las instrucciones al pie de la letra, pero no funciona! ¡La puerta no se abre!

En ese momento, empezó el interrogatorio. Se alternaron entre la una y la otra.

—¿Y de dónde has sacado esas instrucciones?

Pues...

—¿Has ido a un taller de coches a preguntar?

No.

—¿De un libro sobre mecánica de la biblioteca?

No.

—¿Te lo ha explicado algún abridor de coches profesional?

No.

—¿Algún compañero con antepasados en la materia?

Joder. No callaban.

—Lo he mirado en Google, ¿vale? —reconocí.

—¿En Google? —me dijo June con ese tono de voz estridente que tan poco me gusta.

—Sí, escribí en el buscador «cómo abrir un coche sin tener la llave» y me estudié los pasos de la primera página que apareció.

Aunque comenzaba a pensar que algo se me había debido de olvidar...

—Mierda, esto pinta fatal.

Suspiré con resignación y me dispuse a continuar con mi labor, pero los gritos de June me interrumpieron.

—¡Quiero mi CD de Coldplay! ¡Devuélvemelo, maldito coche estúpido!

Observé con los ojos desorbitados, por la sorpresa, como June daba golpes con los tacones en una de las ruedas delanteras del coche a diestro y siniestro.

—¿Qué haces, loca?

—¡Quiero que me lo devuelva!

—¡Mierda! ¡Espera, espera! —gritó April con los brazos en alto.

—¿Qué pasa? —preguntamos June y yo al unísono; ella, sin dejar de golpear la rueda.

—¡Has pinchado la rueda!

«Ay, mi madre». No podía ser. ¡Era imposible! Me levanté, mostrando una mueca de dolor por la incomodidad de